# Vuela, Abril

Ana Belén Higueras de la Calle

mr.momo

**Vuela, Abril**

Primera edición: 2020

ISBN: 9788418070518
ISBN e-book: 9781524315436

© del texto:
Ana Belén Higueras de la Calle

© de la ilustración de cubierta:
Luna Sáez Higueras

© de esta edición:
2020, mr.momo

© maquetación y diseño:
Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3º
(41001 - Sevilla)

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A mis padres*
*por dejarme volar,*
*a mis hijas y a Fer*
*por volar conmigo.*

Nota de la autora para padres y madres

# Leo contigo de nuevo

Antes de que los niños y las niñas aprendan a leer, nos encanta leerles cuentos. Más adelante, son ellos quienes nos leen los cuentos silabeando. Al adquirir completamente la habilidad lectora, esta preciosa costumbre suele perderse.

Cuando terminé *Vuela, Abril*, dejé el original a algunos amigos con hijos y les pedí que leyeran la novela con ellos y que me dieran su opinión. La experiencia no ha podido ser más bonita. Descubrieron que hacía mucho tiempo que no leían juntos de esa forma, es decir, sencillamente por el placer de leer y de leer juntos. Fue una oportunidad para que los padres y madres comentaran con sus hijos alguna cosa en relación con el texto, compartieron momentos a otro ritmo y recordaron tiempos pasados.

Leer con nuestros hijos e hijas fomenta el vínculo porque compartimos no solo la lectura, sino la propia historia; es como hacer un viaje acompañados, cada uno desde un lugar. En esta vorágine de *haceres* en la que hemos embarcado a la infancia, esta es una oportunidad para *estar* (estar leyendo, jugando, volando...).

Por eso me permito sugerir una lectura acompañada, tranquila, sin obligación, solo por el gusto de leer juntos de nuevo.

Aunque, ya saben, si prefieren leer solos, también es una maravillosa opción.

# Capítulo 1

Aquella noche soñé que volaba. Moví ligeramente los brazos y, sin ningún esfuerzo, mi cuerpo empezó a elevarse. Estuve un buen rato ascendiendo hasta que noté la humedad en mi cara. Las últimas nubes rosas de la tarde me acariciaban amablemente el rostro. ¡Qué bien me sentía!

Debí de estar toda la noche volando, pero el tiempo pasó rápido porque inesperadamente escuché la voz de papá, que me llamaba para ir al colegio. Tuve que hacer un descenso de emergencia. Abrí los brazos, ¿o eran alas?, y aprovechando las corrientes de aire empecé a bajar hasta que aterricé suavemente y quedé boca abajo en mi cama.

—Buenos días, Abril —dijo papá—. ¡Qué buena cara tienes hoy! ¿Has descansado bien?

—Jolín, papi, ha sido increíble… He estado en el cielo —contesté.

Papá arrugó el entrecejo y me miró con cara de extrañeza. Él es una persona muy racional y necesita pruebas y evidencias para dar algo por verdad. «Un escéptico», dice a menudo; por eso esto del cielo le sonó... muy lejano.

—¿En el cielo? —preguntó con cara de «qué me estás contando».

—He soñado que volaba.

—¡Ah, que volabas! —Noté que respiraba con cierto alivio—. Eso es algo normal, Abril. En los sueños puede suceder cualquier cosa, ya lo sabes. Y soñar con volar es especialmente agradable. Pero, para bien o para mal, despertamos y volvemos a la realidad. Y la realidad es que son las ocho y media y tenemos media hora para llegar al cole. Así que no te quedes en las nubes, que tú hermana ya está vestida y tomando el desayuno. Y dale los buenos días, que a veces parece como si fuera transparente.

Me encontraba completamente relajada. No podía darme prisa, pero poco a poco me puse en marcha. Mi vuelo había sido tan real que me sentí todo el día como en una nube. Estaba segura de que lo que me había pasado esa noche no era un sueño. Lo sentía, había volado de verdad. Y fue muy curioso porque, aunque parecía que seguía en las alturas, estuve todo el día muy concentrada. Atendí en clase, terminé mis ejercicios de matemáticas, y eso que a mí las mates se me resisten, el examen de lengua me salió de rechupete y en educación física

di las tres vueltas al patio como si no me pesara el cuerpo, cuando lo normal es que termine con la lengua afuera.

Adrián, uno de los listillos de clase, se volvió a meter conmigo. No sé por qué, en esa ocasión, en vez de contestarle como todos los días, le sonreí como en un acto reflejo. No me molestó en absoluto que me llamara «niñata». Pero lo más increíble de todo fue que mi sonrisa le debió de dejar tan desconcertado que él me sonrió también; y no sé por qué, pero no me pareció una de esas muecas sarcásticas a las que me tenía acostumbrada.

—Jo, Abril, ¿qué te pasa hoy? —me preguntó mi amiga Lucía—. Te veo diferente.

Habitualmente no paro quieta un momento, hablo mucho en clase y eso…; bueno, es lo que dicen los profes, pero, para mí, hablo lo normal. Antes me decían que era muy charlatana o demasiado activa, pero ahora, según la pediatra, «Hay que valorar la posibilidad de un trastorno de hiperactividad», que no sé muy bien lo que es, pero cuando lo dijo, papá y mamá cruzaron unas miradas… inquietantes.

Sí, reconozco que soy movida, pero ¿no es un rollo estar sentada sin hacer nada o en silencio todo el rato? Tengo todas las tardes ocupadas: además de a inglés, voy a baile y a baloncesto, para cansarme, dice mamá, aunque en realidad lo hago porque me apasionan las dos actividades. Estar con una pelota de básquet en la mano y botarla

me hace sentir viva, igual que bailar al ritmo de cualquier música. Cuando llego a casa después de entrenar, aunque esté cansada, hago los deberes de pie; es como si la silla me quemara… Y en clase me pasa algo parecido, escucho mejor lo que dice la profesora si estoy moviéndome. Ya sé que suena extraño, pero distrayéndome me concentro.

Un día sí que la lie buena. Mientras Adela, mi tutora, explicaba la fotosíntesis, un compañero levantó la mano para preguntar una duda y, antes de que terminara de hablar, yo ya le estaba contestando a mi manera. No sé si lo que respondí era correcto o no, el caso es que Adela me dijo con un tono de enojo que la profesora era ella, y me mandó al pasillo «A ver si te relajas un poco». Al salir del aula, sin que la profe se diera cuenta, cogí la pelota de baloncesto. Si la botaba en el pasillo iba a sonar demasiado, así que bajé al patio, y allí, a solas, la boté un par de veces, tiré un triple y adentro… Miré alrededor, el conserje no tardaría en llegar y me volvería a mandar al pasillo. Odio el pasillo. Me sentía como una presa. La calle estaba tan cerca y las verjas tan altas… Al momento me acordé de la puertecilla de atrás, que cerraba mal y a veces se quedaba abierta. Fui hacia allí y, efectivamente, estaba encajada, así que no tuve más que dar un empujón con la cadera, y a la calle. ¡Era libre! No sé el tiempo que estuve en las canchas del parque lanzando a canasta, solo sé que de pronto, dos policías locales aparecieron por allí, me llevaron de

vuelta al colegio y me dijeron que todo el mundo me estaba buscando. Habían avisado a papá y a mamá y allí los vi, en la puerta del cole, con la cara desencajada. Solo supe decir «Es que me aburría».

Mis padres dicen que desde muy pequeña tengo tendencia a escaparme. Me he perdido en varias ocasiones en los paseos de alguna ciudad y en algún que otro centro comercial. En las tiendas, cuando era más pequeña, me escondía entre las prendas colocadas en esas perchas dispuestas en círculo o salía pitando del probador cuando mamá estaba cambiándose. Recuerdo una vez, en una zapatería, que mi madre tuvo que salir a la calle descalza detrás de mí. Sí, me he ganado buenas regañinas por eso. Me decían la «experta en fugas» y papá me llamaba «Houdini», que, según cuenta, era un escapista fabuloso. Pero sí, reconozco que en esta ocasión llegué demasiado lejos; además de unas cuantas superbroncas, me gané un parte y una cita con el neurólogo por aquello de la «posible hiperactividad».

Pero ese día, después de volar durante toda la noche, estuve más tranquila; era como si ya hubiera consumido esta energía que me sobra, como si volar fuera mi vía de escape sin necesidad de escaparme. Era viernes por la tarde y empezaba la feria. Al salir del cole, mi hermanita Alba convenció a mamá para que nos llevara un rato a las atracciones y las casetas. La verdad es que a mamá se le convence rápido: unos cuantos «porfas» y

una carita de peluche y nos dice «Sí» a casi todo. Papá siempre le reprocha que sea un poco blanda y se queja de que por eso a él le toca «hacer de poli malo». Y razón no le falta, aunque no hay que confiarse, porque si mamá se pone a regañar…, ¡échate a temblar! Más vale no despertar a la bestia dormida que lleva dentro, porque da miedito; hasta papá se pone firme cuando sale La Madre, que es como la llamamos entre nosotros en sus momentos de arrebato. Menos mal que La Madre se deja ver muy de vez en cuando.

—¿Qué tal vuestro día, mis niñas? —preguntó mamá como introducción a la pregunta de rigor que venía después—. ¿A qué habéis jugado en el patio? —Porque lo que más le interesa, dice siempre, es si nos hemos divertido. Su lema es «Un día sin risa es como el pan sin sal o el cielo sin sol».

—Yo he jugado a perritos —dijo mi hermana.

Alba siempre jugaba a lo mismo: a perritos y a gatitos. Yo la veía desde mi patio, siempre correteando a cuatro patas con sus amigas.

—Yo no recuerdo a qué he jugado, pero anoche soñé que volaba y hoy he pasado un día increíble. Me siento diferente, extraña, como más ligera...

—¡Ah, qué bien! —exclamó mamá—. De pequeña yo también soñaba que volaba; movía los brazos como si fueran alas y...

—¡Eso, es! —la interrumpí emocionada—. Yo también movía los brazos. ¿De verdad que tú también lo soñabas, mami?